

# La lección de Mandela

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

## I

Nelson Mandela se ubica entre las principales figuras políticas del pasado siglo XX, sino constituye, como afirman opiniones forjadas desde distintos e incluso opuestos credos ideológicos, la personalidad mundial más representativa de la lucha por la libertad y la democracia durante los últimos 100 años. Por lo tanto, admiradores y críticos participan del mismo consenso: nos encontramos ante un ser humano vivo donde la historia y la leyenda describen el perfil de alguien cuyo legado da la oportunidad de concebir los mejores pensamientos sobre nuestra especie.

Tal vez no sea otra la razón por la cual el pasado 18 de julio se celebraron sus primeros 91 años de vida con un gran espectáculo, como ya casi es costumbre, en el Radio City Music Hall de Nueva York, donde músicos de Estados Unidos, África y Europa, frente a un público entusiasta, felicitaron a Mandela, pues su cumpleaños se ha convertido en un acontecimiento internacional celebrado en muchas partes del mundo. El concierto ocurrió dos días antes de que Barack Obama, primer presidente negro de la Unión Americana, cumpliera seis meses como inquilino de la Casa Blanca. Y no faltó a la cita al hacerse presente mediante una grabación donde reconoce que el homenajeado constituye para él una inspiración en su carrera política. Pero un presidente sí estuvo físicamente en el cumpleaños. El mandatario francés Nicolás Sarkozy contempló desde el público el momentáneo regreso al mundo del escenario de su esposa Carla Bruni. La presencia de la primera dama de la República de Francia, a la vez modelo y cantante, elevó aún más la categoría de la cita cuando unió su talento musical, acompañada por la guitarra de Dave Stewart, a la enorme calidad de prestigiosas figuras artísticas: Aretha Franklin, Queen Latifah, Will. I. Am., Gloria Gaynor, Baaba Maal, Soweto Gospel Choir, Wyclef Jean, Cindy Lau-

per y Alicia Keys. Lamentablemente este homenaje no contó con la asistencia del afamado líder, quien, imposibilitado de viajar por problemas de salud, se hizo presente a través de un mensaje grabado.

También, a lo largo del presente año, se realiza la producción de la película de ficción *The Human Factor*, basada en una etapa de la vida de Mandela. Le interpretará el notable actor estadounidense Morgan Freeman, el cual, antes de iniciar la filmación viajó a Sudáfrica para entrevistarse con el político, ocasión en la que expresó el orgullo y la responsabilidad que sentía ante tal encomienda. Clint Eastwood dirige el filme.

Estos homenajes dan una idea de las muestras de afecto que recibe el Premio Nobel de la Paz 1993, dentro de una aclamación universal que, desde el siglo pasado, ha recorrido distintos sectores sociales, raciales, socioeconómicos, étnicos, partidistas. Tales gestos muestran la disposición de aplaudir, quizá no tanto a quien hizo realidad la hazaña de ser el primer presidente negro de Sudáfrica, ni al hombre generoso cuyas dos fundaciones procuran ayudar a personas enfermas o necesitadas, sino al símbolo universal de enjundiosa lectura y aportación general que él representa.

La comprensión del símbolo Nelson Mandela y las lecciones de absoluta actualidad que ofrece a las sociedades contemporáneas, estimulan el conocimiento de los pasajes más significativos de la vida y del pensamiento de este luchador contra el sistema ultrarracista que se implantó en aquella nación del cono sur africano. Pues, aunque identificado por el aséptico término afrikáan "Apartheid" ("Separación"),

muchos identifican rápidamente a qué horrible pesadilla de maltrato racial, segregación humana e injusticia social da nombre. Aquella tenebrosa maquinaria, a pesar de la vigencia de sus secuelas, legalmente concluyó a mediados de los años 90, en el mismo momento en que Mandela, uno de los heroicos responsables de su desaparición, después de 50 años de tenaz enfrentamiento político, de ellos casi 30 en la cárcel, alcanzaba la estatura gigantesca que hoy detenta.

## II

Rolihlahla Dalibhunga Mandela nació el 18 de julio de 1918 en Umtata, región de Transkei, en la actual provincia de El Cabo Oriental. Su nombre original indica la procedencia aristocrática de este príncipe de la etnia xhosa, que estaba llamado a ocupar altos cargos en su comunidad. Biznieto de un rey, aunque sin derecho al trono, su padre había sido Consejero Principal del Jefe



Rolihlahla Dalibhunga Mandela. Biznieto de un rey, aunque sin derecho al trono.

Supremo, el cual, cuando el niño quedó huérfano, se convirtió en su tutor. Gracias a este, el muchacho recibió una buena educación en la medida que se le preparaba para asumir un liderazgo que años después rechazaría, junto a la vida de cortesano a la cual también parecía destinado.

Durante los primeros años de estudio el muchacho fue educado en prestigiosas escuelas metodistas. Por esa época recibió de una profesora británica el nombre inglés que lo acompañará para siempre y lo hará universalmente conocido. Desde entonces Nelson Mandela dejaría atrás, y muy adentro, el nombre Rolihlahla (alborotador), al menos hasta conocer al luchador antirracista Oliver Tambo, cuando matricula en la Universidad de Fort Hare con el objetivo de hacerse bachiller en artes. Este encuentro influyó en los primeros pasos que el joven dio en el acercamiento a la política. Miembro del Consejo de Representantes Estudiantiles, en 1940 fue expulsado, junto a Tambo, por participar en una huelga estudiantil.

Luego en Johannesburgo termina el bachillerato en 1941. Fue entonces cuando, tal vez influido por los pleitos en la corte del Jefe Supremo, el muchacho decidió hacerse abogado y estudió derecho en la Universidad Wiswatersrand. Un año después comienza su vida política al incorporarse al Congreso Nacional Africano (CNA), importante fuerza política contra el Apartheid de la que llegará a ser oficialmente máximo líder en 1991, casi 60 años después.

A partir de la fundación de la Liga de Juvenil del CNA, en septiembre de 1944, siguiendo a destacadas figuras emergentes (Lembede, Nkomo, Sisulu, Mda y Tambo), Mandela será uno de los 60 jóvenes que decidieron inyectarle sangre fresca a la asociación partidista, proponiendo nuevas tácticas de lucha. Ya para 1947 fue electo secretario de la Liga. Al año siguiente, con el ascenso del Partido Nacional y la oficialización de la política de segregación racial, Apartheid, el CNA aprobó la línea propuesta por los jóvenes, inspirada en la resistencia no violenta de Gandhi, que consistió en huelgas, desobediencia civil y una negativa total de cooperación con

el régimen. Además, la agenda política, de carácter socialista, incluía una abarcadora línea de justicia social atenta a la educación, la tierra, los derechos sindicales y la cultura.

El Apartheid se sustentó en una seudofilosofía delirante de supremacía blanca (bóer) que ideó la separación total de cuatro grupos raciales en nivel descendente (blancos, mestizos, indios y negros), de los cuales el primero tenía todos los derechos y beneficios, y los otros tres recibían tratos cada vez más crueles en relación con el nivel. El estado policial impedía que los no blancos ocuparan cualquier cargo en el gobierno, y en el reparto del país les tocaba a la mayoría las peores regiones y una inmensa pobreza. Indignante en grado sumo fue la política de los bantustanes, regiones de apartamiento que simulaban constituirse en sub-países para no blancos pero, en realidad, la falsa y despreciativa autonomía organizó la reclusión y el sometimiento infrahumano de la amplia población negra de Sudáfrica. Mandela se sublevó contra las estrategias del Apartheid antes de ir a prisión y, desde la cárcel, cuando el gobierno de Pieter Willen Botha, último presidente segregacionista, le propuso liberarlo de su absurda condena para que aceptara aquella política y fuera dócilmente a morar en uno de esos guetos.

Mandela guió las acciones de desobediencia entre los años 1951 y 1952 que concluyeron con 8000 detenciones, e incluso la suya, y la posterior reclusión en Johannesburgo, donde estableció, junto a Tambo, el primer bufete de abogados negros en la ciudad. En aquel servicio a miles de casos de injusticia, se perfiló su pensamiento y en la clandestinidad incrementó sus responsabilidades y sus cargos hasta que en 1955 reaparece en la vida pública promoviendo la aprobación de una *Carta de la Libertad*, en la que se plasmaba la aspiración de un Estado multirracial, democrático, donde se garantizara la igualdad ante la ley, la reforma agraria y una política justa en la distribución de la riqueza.

El nuevo empuje le costó una acusación por alta traición debido a las manifestaciones contra las siete reservas o bantustanes, pero no fue condenado. El

año 1960 marcó el inicio de la proscripción del Congreso Nacional Africano y del Congreso PanAfricano, tras la masacre de la rebelión de Sharpeville que ocasionó 69 manifestantes muertos.

En 1961 lo eligen Secretario honorario del Congreso de Acción de Toda África, un movimiento clandestino que adoptó la vía del sabotaje, y dirigió la Lanza de la Nación, brazo armado del CNA. Al año siguiente viajó por varios países africanos y fuera del continente, donde recaudó fondos para la lucha, hizo propaganda y recibió entrenamiento militar. A su regreso, el régimen lo condenó a cinco años de prisión, pero tras un nuevo juicio donde salió a relucir su compromiso con el grupo armado, elevaron su castigo a cadena perpetua. Al terminar el juicio, como quien sabe que se encuentra en una de las encrucijadas decisivas de su vida, declaró para concluir un discurso que, afirman, es un documento histórico:

“He luchado contra la dominación blanca, he luchado contra la dominación negra. He venerado el ideal de una sociedad libre y democrática, en la cual todas las personas vivan juntas en armonía e igualdad de oportunidades. Es un ideal al cual espero consagrar mi vida y lograr. Pero si fuere preciso, es un ideal por el cual estoy dispuesto a morir.”

En aquel momento parecía que culminaba su carrera política. Al contrario, desde entonces Mandela se convirtió en un símbolo del pueblo discriminado que, como él, estaba sometido injustamente en un país convertido en una gran cárcel para ellos. Aunque solo cumplió 27 años de reclusión, fue más que suficiente para erigirse en el prisionero político más importante del mundo. El símbolo Mandela derivó en un estandarte anti-apartheid que el gobierno no esperaba, y con el que tuvo que lidiar hasta la desaparición de la política racista.

Recorrió tres cárceles, de acuerdo al momento político. Primero en la isla de Robben Island, penitenciaria de alta seguridad y espantosas condiciones, a siete kilómetros de Ciudad El Cabo. Su celda ocupaba una superficie de poco más de cuatro metros cuadrados y solo tres metros de alto, de cuyas paredes colgaba una pequeña ventana con rejas.

Claro que había celdas de castigo con peores condiciones, mas, en general, la infamia provocaba la desesperación y el suicidio, sino la muerte lenta de la mano de la poca alimentación y las temperaturas extremas que se sufrían. Después, en abril de 1984 se le trasladó a la Prisión Vullsmoor, en Ciudad El Cabo, en un aparente reblandecimiento a raíz del apoyo internacional que llevó a un embargo contra el gobierno de Sudáfrica, e incluso a obstaculizar que el país de estado antidemocrático participara de eventos deportivos mundiales. Y en diciembre de 1988 le llevaron a la Prisión Victor Vester, cerca de Paarl, donde fue liberado dos años después.

Todo ese tiempo, mientras se luchaba por su excarcelación y por la libertad de la población negra, Mandela consolidó su pensamiento de no agresión, que buscaba curar el odio, vencer el sentimiento de venganza e impedir cualquier intento de responder al racismo con racismo. Esa fue la principal batalla del reo contra la conciencia enferma de negros y blancos a consecuencia del sistema, una batalla que debió haber empezado por él mismo, en su mundo interior. Los resultados sociales fueron muy exitosos: la refundación del país.

Bajo la fuerte repulsa internacional, el presidente sustituto de Botha, Frederik Willen de Klerk, le puso en libertad a la altura de 1990, una vez que legalizó las organizaciones políticas proscritas. Sin embargo, De Klerk llegó más lejos: aceptó a su antiguo enemigo como principal interlocutor en el complejo proceso de desmontaje del Apartheid y de conducción del país hacia el Estado de Derecho. La proeza de filigrana política, de astuta negociación, alto vuelo humanista y sincero compromiso con los ideales de la libertad y de la democracia, condujeron, en el año 1994, a las primeras elecciones con plena participación de toda la población sudafricana donde Nelson Mandela fue elegido como el primer presidente negro en la historia de la nación, mientras Frederik de Klerk le acompañó como vicepresidente. Tales cambios sucedieron en un país acostumbrado al más encarnizado odio racial sin que brotara ninguna rebelión de la maquinaria racista, en ple-

na vitalidad entonces, ni se desataran las antiguas diferencias étnicas de los ciudadanos negros. Antes de tan memorable día, la Academia Sueca quiso premiar con el Nobel de la Paz a los dos principales artífices de aquella espléndida lección.

### III

Pero, tal vez, la lección de Mandela no sea tanto política como humana, y, solo en esa medida, universal. A Nelson Rohlilahla Mandela se le nombra en su patria *Madiba*, un título de nobleza usado en el clan del que es oriundo, aunque nadie desconoce que la única nobleza que él detenta es la del corazón. A veces le llaman *khulu* (abuelo) en recuerdo de su paternidad sobre la actual República de Sudáfrica. Sin embargo, una parte fundamental de su existencia se encuentra en las relaciones familiares.

Tuvo 6 hijos de los dos primeros matrimonios y ha visto morir a algunos de ellos. Lamentablemente sus actividades chocaron con la estabilidad del hogar hasta que la relación con la primera esposa, Evelyn Ntoko Mase, que le dio 4 hijos, se interrumpió en 1955. El divorcio fue en 1957. En junio del año siguiente se casó con Nomzamo Winifred Zanyiwe Madikizela, una joven de la etnia xhosa, 18 años más joven que él. Mejor conocida como Winnie Mandela, la muchacha pronto se unió a la lucha contra el Apartheid. A él lo encarcelaron un tiempo después de la boda, y ella emergió como figura pública dentro de las fuerzas que se oponían al gobierno del Partido Nacional. Tuvieron dos hijas, pero se separaron en abril de 1992, y se divorciaron en marzo de 1996. La ruptura ocurrió bajo dos procesos legales que ella enfrentó por el uso irregular de fondos y la participación en acciones violentas, además de algunos comentarios sobre un presunto adulterio. Las condenas judiciales se suspendieron. Desde julio de 1998, Mandela es el esposo de Graça Machel, viuda del ex-presidente mozambiqueño Samora Machel, y disfruta de sus numerosos descendientes.

*Khulu*, como presidente entre los años 1994 y 1999, recibió lo que todos los mandatarios electos desean y no siempre obtienen. Su elección en las



urnas constituyó una victoria nacional, reconocida por los contrincantes quienes distinguieron la sincera condición patriótica, dentro de un clima de honestidad y armonía que el mundo aplaudió. Porque con la elección de Mandela los sudafricanos triunfaron sobre la vergüenza y el dolor. Los blancos superaron la imagen de minoría amenazada por el odio negro, y los habitantes oriundos dejaron atrás un pasado de maltratos y vejaciones, cuando las increíbles realizaciones del presente y la prosperidad futura parecían saltar a la vista.

Dentro de esta política de reconciliación hubo un momento significativo que describe el periodista John Carlin en **El factor humano**. Durante la celebración en Sudáfrica del Mundial de Rugby, un deporte emblemático de los afrikaners, Mandela, con la ayuda de otros compatriotas, consiguió que la población negra, amante del fútbol europeo, se emocionara al escuchar que sus cantos eran entonados por los atletas blancos en el dialecto auténtico. El país desunido se unió alrededor de su equipo. ¡Y Sudáfrica ganó la medalla de oro! Aquel Mundial de 1995 confirmó que había terminado también el aislamiento en los eventos deportivos y que la República volvía al concierto de las naciones. Significó que dejaban de ser negros, blancos y mestizos para ser únicamente ciudadanos sudafricanos.

La trascendencia del mensaje se sitúa en la capacidad de superar los cálculos políticos, de ver más allá del dolor que enquina, del sufrimiento. Consiste en tender la mano a la minoría blanca que le maltrató, reprimió y encarceló sin piedad, y consumir la reconciliación. Rohlilahla superó el rencor oponiéndole la fraternidad.

Y en la silla presidencial estuvo solo el tiempo suficiente para dejar otra lección vívida de sacrificio y desinterés. El respeto al pueblo y a las instituciones, el respeto a la ley con que obró el presidente, demostró cuán lejos estaba de los delirios de grandeza y de poder. Sin aprovecharse de su enorme popularidad, cuando se cumplieron los cinco años de mandato, no intentó la reelección y salió de las instancias del gobierno. Lamentablemente, en un tiempo tan breve el presidente Mandela no pudo resolver las hondas necesidades que su pueblo acumuló durante décadas y siglos de injusticias.

También el mandatario generó polémicas por algunas decisiones y por su acercamiento al dirigente libio Muamar el Gadafi y al líder cubano Fidel Castro. Pero él no se inmuta frente a las malas intenciones (las conoce bien, las sufrió) como tampoco esconde las relaciones de inusitada confianza con la reina Elizabeth II de Inglaterra y el ex-presidente norteamericano William Clinton, así como con sus familias respectivas.

Hoy muchísima gente desea hablar con el patriarca de la libertad y los derechos civiles; otros anhelan conocer personalmente al anciano venerable que ha merecido dos grandes estatuas en Londres y Johannesburgo. La colosal efigie de Sudáfrica reproduce a Madiba caminando, e inmóvil, como guía entre los paseantes que avanzan, en verdad, por los senderos de una sociedad imperfecta, como todas, dentro de un país satisfecho en su condición multicultural, multirracial, multiétnica, que emprendió el camino del diálogo con la fuerza de la autoridad moral, y venció a un régimen inhumano donde ser negro era delito.

Celebridades de moda, estrellas del mundo del espectáculo, gobernantes, otras figuras de alcance mundial, empresarios, magnates y todo tipo de curiosos opulentos o sin dinero, pagarían una fortuna para sentarse, en una recepción, cerca del antiguo reo 46664 de Robben Island que conoció tanta hambre, enfermedad y desprecio; quisieran saludar al político socialista que en su momento fue poco menos que un delincuente; o tomarse una foto con el luchador pacífico de los barrios hediondos de Johannesburgo, un hombre cuya simple respiración les recuerda una proeza todavía sorprendente, convencidos de que su existencia nonagenaria hace mejor el mundo en que vivimos.



El líder sudafricano creó dos importantes fundaciones, una llamada Nelson Mandela y otra denominada 46664 (su número de prisionero), encargada de combatir el SIDA.